

PABLO MORILLO EN EL ORIENTE VENEZOLANO

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

“En una carta —dice el doctor Aristides Rojas— del Jefe Morillo en 1817 al coronel Ceruti, gobernador de Guayana, interceptada después de la batalla de San Félix, aquel dice: *“Haga U. en esa lo que yo he hecho en Nueva Granada: cortar la cabeza a todo el que sepa leer i escribir i así se logrará la pacificación de América”*. De esta manera quedaba más confirmada i ampliada la célebre frase de Carlos IV: *“No conviene ilustrar a los americanos”*. (Blanco y Aspúrua, “Documentos Históricos”, tomo I, pág. 208).

¡La Ciénaga de Barcelona! otro suceso trascendental en los anales de la ciudad de Neverí. Fue un hecho cruento consumado por Pablo Morillo en las costas desérticas del oriente venezolano. Las históricas playas de Barcelona fueron testigos mudos de aquella inútil masacre. Muchos distinguidos patriotas perecieron cerca del puerto llamado de Holandeses, a pocos metros de la desembocadura del río Neverí. Allí fue donde los partidarios del rey Fernando VII, degollaron sin piedad a quince ilustres patricios barceloneses que venían de la isla de Margarita para Costa Firme. La muerte de estos defensores del suelo patrio, fue un hecho espantoso. Se sabe que fueron martirizados, uno a uno, y luego degollados en aquellas desoladas playas. Esta acción abominable, aumentó más el odio de todos los republicanos contra aquellos asesinos.

El historiador don Francisco Javier Yanes nos suministra en su interesante obra “Historia de Margarita”, algunos documentos en donde se narran los sucesos que precedieron a aquel desgraciado acontecimiento, al cual nos referiremos más adelante. Mientras tanto, estudiemos a continuación esos documentos que, como dijimos antes, tienen estrecha relación con este tema histórico.

Como se sabe, la expedición del teniente general don Pablo Morillo, que primero estaba destinada para Buenos Aires y luego por circunstancias no aclaradas hasta el presente tomó rumbo hacia Venezuela, salió del puerto español de Cádiz el 22 de febrero de 1815, y arribó en los primeros días de abril a las costas de Cumaná. Desde allí Morillo se puso en comunicación con el oficial canario Francisco Tomás Morales, que se encontraba en la ciudad oriental de Carúpano. Este último informó al capitán

general don Juan Manuel de Cagigal, en su carta del 5 de abril, acerca de las finalidades de aquella expedición y le dice: "Los buques de que dí parte a V. S. en esta misma fecha se han fondeado a las oraciones en Puerto Santo, y su General en tierra el Sr. Dn. Pablo Morillo, me acaba de oficiar participándome su arribo con 15.000 hombres de tropa, ordenándome tenga a su disposición las de mi mando para atacar a la de la Margarita mañana mismo. Así le he contestado lo ejecutaré; y lo participo a V. S. para su inteligencia y satisfacción. Dios guarde a V. S. ms. as. Cuartel general de Carúpano 5 de abril de 1815.—Francisco Tomás Morales.—Señor Capitán General Don Juan Manuel Cagigal".

Pero los propósitos de los dos jefes realistas no se realizaron debido a que, cuando estaban frente a las costas de Pampatar en actitud amenazante, las autoridades de la isla no vacilaron en dirigirles una importante comunicación en la cual le decían: "Excmo. Señor. El gobierno de esta isla observa que desde el 7 del corriente se ha presentado al frente del puerto de Pampatar la escuadra del mando de V. E., con pabellón de S. M. C., que ha ejecutado diversas maniobras, y que últimamente ha sondeado la Costa, haciendo amagos hostiles y preparándose al parecer a otros mayores.

"La noticia que el gobierno tenía de la aproximación de V. E. a esta isla, la hubo del Capitán Dn. Juan Campos y demás oficiales que conducía el bergantín Goatemala; y según los informes de estos, contraídos a que el primer carácter de la comisión de V. E. es la de un pacificador, esperaba que se hubiese servido cerciorarnos de ella por medio de un parlamentario; mas observando que hasta ahora no se ha dado este paso por razones que no alcanzamos, hemos acordado darlo por nuestra parte pidiendo a V. E. las seguridades que prescribe el derecho de gentes, para abrir los tratados que convengan a la benéfica intención de V. E., y a la felicidad de esta isla. Dios guarde a V. E. ms. as. Ciudad de Margarita y abril 9 de 1815. Ecmo Sr. Juan Miguel de Lares.—Juan Antonio Silva.—Excmo. Sr. Jefe de la expedición de S. M. C."

La lectura de aquella carta la consideró indecorosa el célebre jefe español, quien ostentaba los pomposos títulos nobiliarios de Primer Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta, pues no esperaba eso, mejor dicho, no estaba acostumbrado a que lo trataran de ese modo, menos a un emisario del rey S. M. el señor don Fernando VII, quien lo había investido de altos poderes para que se sometiera a los *alborotados* de América. Deseaba, en suma, una misiva donde se leyese súplicas y ruegos, sumisión y humildad, vasallaje y servilismo. Más, la posición de aquel pueblo, de los margariteños, estaba lejos de todas esas manifestaciones ignominiosas y degradantes. Finalmente, Morillo, en vista de esa exposición desagradable y dominando su cólera y su orgullo desmedido, respondió ambiguamente desde su navío de guerra San Pedro Alcántara, a las once y media de la mañana del 19 de abril, lo siguiente:

"A mi llegada a este punto me sorprendió el no ver dirigirse al buque de mi residencia con aquella alegría y sumisión de que he tenido repetidos ejemplos en España y en América, las autoridades que gobiernan en esta isla interinamente. Las sospechas de que S. M. C. el señor

Dn. Fernando VII no encontraría vasallos en ella, y sí desleales, me puso en la dura obligación de cumplir el precepto de tomar la isla a viva fuerza. No puede ya ignorarse de que jamás llegaron a estas orillas tropas más resueltas a cumplir la voluntad del rey, ni Monarca más benéfico del que dichosamente nos gobierna.

“El pliego del gobierno provisional de esa isla, me cerciora de que sólo ha habido temores en sus habitantes; pero que sus hechos son leales. En vista de esto arbórese desde luego el pabellón del rey de las Españas y sus Indias en todos los fuertes de la isla, saludese por ellos, y esta escuadra contestará. Los hombres armados entreguen sus armas en las casas capitulares: que esta misma tarde vayan a la fragata más próxima las personas del gobierno provisional, el ayuntamiento y los curas, además de los hacendados principales a quienes recibiré el juramento de fidelidad al monarca. Buque alguno saldrá del puerto. El bergantín Goatemala, y cuantos individuos en él iban, se incorporarán al momento a este convoy”.

La contestación de los isleños al célebre “pacificador” fue desafiante. Ellos preferían la muerte, los males de la guerra, la destrucción de sus hogares, la ruina y la miseria a ceder a las pretensiones del jefe peninsular, quien al comprender la gravedad de la situación, lanzó una amnistía general y prometió solemnemente respetar las vidas y restituir los bienes. Bajo estas condiciones, Morillo pisó tierra margariteña.

En Pampatar desembarcaron varios cuerpos militares que recorrieron las principales calles de la ciudad con el fin de intimidar y de sembrar el pavor en aquel conglomerado insular. Mientras esto sucedía, Morillo, que en forma disimulada disfrutaba de aquel despliegue bélico y que había jurado por el rey, en forma pública y solemne, respetar las condiciones, ordenó quemar los documentos del efímero gobierno revolucionario y estrechó efusivamente, ante el pueblo, al general margariteño Juan Bautista Arismendi, y luego asistió a banquetes, bailes y convites. Precedió, vestido de gala junto con sus lugartenientes, al Tedeum que se celebró en la catedral de la isla en agradecimiento a Dios porque no hubo derramamiento de sangre. Dictó varias ordenanzas relativas a la policía y sus tropas; ordenó que los emigrados y extranjeros debían de presentarse; que todos los habitantes de la isla depusiesen —bajo pena de castigo— las armas y lanzó una proclama que aquí reproducimos: “¡Habitantes de Margarita! Ya habeis visto que la divina providencia os ha proporcionado que el ejército de nuestro legítimo rey Fernando VII, haya entrado en vuestro país sin el menor derramamiento de sangre: yo espero que en lo sucesivo os comportareis con la misma fidelidad que en los tiempos anteriores hasta el año de 1809; pero temblad si así no se cumple, por que descargaré todo el rigor contra vosotros. Los eclesiásticos deben exhortar a sus feligreses a la paz; las justicias, personas condecoradas y padres de familia deben vigilar la tranquilidad de su pueblo, quienes serán responsables en todo evento.

“Todas las municiones, armas de fuego y blancas, a excepción de los machetes que sirven para los trabajos del campo, serán entregados en todo el día 17 a mis Comandantes militares en los respectivos distritos; pues he notado morosidad en algunos sujetos, y me veré en la precisión de usar de todo el rigor de la ley.

“Todas las personas emigradas de cualquier país que sean que se hallen en la isla se presentarán en el mismo 17 en el pueblo de Pampatar, incluso los extranjeros.

“Las personas de este país que tenían empleos públicos, y se sabe extrajudicialmente no han salido de él, se me presentarán en el prefijo término ya dicho para prestar el juramento de fidelidad al rey, como lo han hecho las de la capital. Cuartel general de Pampatar, a 15 de abril de 1815.—Morillo”.

Dos días más tarde, o sea, el 17, Morillo concedía gratuitamente pasaje en su escuadra para todos aquellos emigrados que quisieran regresar a sus hogares. Morales, obedeciendo a su jefe, hizo la misma invitación a los hijos de Barcelona, quienes la aceptaron. Entre ellos se “contaban —escribe don Javier Yanes, pág. 34— los Coroneles Agustín Arrijoja, Juan Miguel Sturdy, su hijo el Capitán Diego Bautista y dos niños Anzoátegui, los cuales salieron en un buque, tocó en uno de los islotes del morro de Barcelona, y echó en tierra los emigrados pasajeros, que aparecieron poco después degollados, a excepción de los dos jóvenes Anzoátegui, a quien los ejecutores perdonaron en consideración a su corta edad”.

Este hecho, cruento y salvaje, realizado por orden de quien ostentaba hipócritamente el título de “pacificador”, trascendió a todos los pueblos sudamericanos, que repudiaron públicamente aquella inútil mortandad. Prueba de ello es la “Gaceta de Buenos Aires”, de 1816, un año después del suceso, que narra el hecho en la forma siguiente: “La clemencia de Fernando VII, es tan conocida como la de Nerón y Tiberio. El mismo Morillo nos ha dado de ello una brillante prueba, cuando al anunciarlo por la primera vez en Margarita, convidó tan encarecida y cordialmente a los emigrados de la Costa Firme a que volviesen a su hogares; les prometió la restitución de sus propiedades, y les ofreció pasaje en su escuadra; pero como solo quince aceptaron ese favor, solo quince fueron asesinados. Es verdad que se hizo secretamente en la costa desierta de la Ciénaga de Barcelona, no lejos del puerto, y con tanta humanidad que el Coronel Arrijoja (barcelonés), que en calidad de Jefe fue el primero que experimentó la clemencia del rey, le iban dando de lanzadas a proporción que iban matando a sus compañeros y amigos, hasta que muerto el último, lo despedazaron vivo a él mismo”. Así empezó Morillo la pacificación del Nuevo Mundo, quien, en carta al rey Fernando VII, afirmaba que “para subyugar las provincias insurgentes es necesario tomar las medidas que se tomaron en la primera conquista: ¡exterminarlas!”.

Por lo que hemos leído, esta era una de las modalidades que ensombrecieron la historia de la independencia. Algunas poblaciones del Nuevo Mundo sirvieron de teatro a aquellas masacres que sembraron el odio y la hispanofobia por doquier. Pero el suelo de Venezuela fue uno de los que más se bañó con la sangre heroica de los que combatían por la redención americana. Testimonio de lo dicho son todas esas ciudades que fueron azotadas sin piedad por aquellos jefes realistas que ignoraban los más elementales principios del derecho de gente, como Francisco Rosete, José Tomás Boves, Juan Aldama, Francisco Tomás Morales, Zuazola, Antoñanza, Callejas, Yáñez, Cerveriz, etc. Todos ellos dejaron huellas indelebles en las páginas de la historia de la independencia de Venezuela.